

MATERIAL DIDÁCTICO.

# NOSOTROS LLORAMOS POR EL PERO SARNOSO.

ONDJAKI.

Cita:

ONDJAKI (2023). *NOSOTROS LLORAMOS POR EL PERO SARNOSO*. MATERIAL DIDÁCTICO.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/catedradeportugues/16>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pwBK/eyg>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## ONDJAKI

# NOSOTROS LLORAMOS POR EL PERRO SARNOSO

para Isaura. para Luis B. Honwana

*Fue en la época de octavo grado, en clase de portugués.*

Yo ya había leído ese texto dos años antes, pero esa vez la historia me pareció que estaba contada con tantos detalles que dificultaban la simple lectura de una persona, sobre todo de manera silenciosa, como la camarada profesora de portugués había ordenado. Era un texto muy conocido en Luanda: “Nosotros matamos al Perro Sarnoso”.

Yo me acordaba de todo: de Gino, del aire comprimido, de Isaura y de las heridas colgando del Perro Sarnoso. Nunca me olvidé de eso: un perro con heridas colgando. Los ojos del perro. Los ojos de Isaura. Y ahora, de repente, todo se aparecía allí de nuevo. Estaba confundido.

La camarada profesora seleccionó a algunos para la lectura integral del texto. Con eso nos quería decir que íbamos a leer todo el texto de un saque. Para no demorarnos mucho, ella eligió a los que leían mejor. Los del octavo grado éramos 52. Yo era el número 51. Aunque en otros grupos también buscar ponerles apodos a sus compañeros, ese era mi primer grupo en el que nadie se había escapado de recibir un apodo. Y algunos eran nombres violentos.

Muchos eran nombres de animales: estaba la Serpiente, el Cabrito, el Búfalo, el Pescado, la Vaquita de San Antonio, la Gacela — y el Papagallos, que era yo. Debe ser porque yo hablaba mucho en ese entonces. Estaban ET, Agostinho Neto, Scubidú e incluso algunos profesores tampoco se salvaban de nuestra lista. Por cierto, la camarada profesora de portugués era realmente genial y nunca llegamos a ponerle un apodo.

Los demás empezaron a leer su parte. Al principio, el texto todavía está en esa parte que en un examen te preguntan qué es y alguien te dice que es sólo la introducción. Los nombres de los

30 personajes, la situación en general y el asunto del perro. Pero luego el texto se ponía duro: habían dado órdenes a un grupo de chicos para liquidar al Perro Sarnoso. Los niños estaban contentos con esta orden tan adulta, sólo una niña llamada Isaura quería proteger al perro. El perro se llamaba Perro Sarnoso y tenía heridas colgando, ya sé que ya hablé de esto, pero me gusta mucho el Perro Sarnoso.

En sexto grado también me había gustado un montón y sabía que ese texto era difícil de leer. Pero nunca pensé que unas lágrimas pudieran ser tan pesadas dentro de una persona. Tal vez sea porque una persona en octavo grado ya creció un poco más, su voz es más  
40 grave, ya nos pasamos todo el tiempo mirando la ropa interior de las chicas “metida en la ranura”, queremos besos en la boca más largos y en bailes lentos nos quedamos todos abrazados hasta que los padres y los primos de las chicas vienen a preguntarnos si tenemos frío, inclusive en Luanda donde hace tanto calor. Tal vez sea eso, ya estaba más maduro en la forma de leer el texto, porque comencé a pensar que el grupo al que mandaron a matar al Perro Sarnoso con disparos de aire comprimido era como el grupo que había sido elegido para leer el texto.

No quiero responsabilizar a la camarada profesora de  
50 portugués, pero eso es lo que pensé en mi cabeza llena de pensamientos tristes: si esa profesora nos manda a leer este texto otra vez, Isaura va a llorar un montón, el Perro Sarnoso va a sufrir otra vez y se van a revolcar en el suelo riéndose de Gino, que tiene miedo de disparar por la mirada del Perro Sarnoso.

Mi pensamiento, al fin y al cabo, no estaba muy lejos de lo que fue sucediendo en mi clase, en octavo grado, segundo grupo, de la escuela Mutu Ya Kevela, en 1990: cuando la Scubidú leyó la segunda parte del texto, los que habían empezado a reírse sólo para animar a los otros comenzaron a sentir el peso del texto. Las palabras ya no se  
60 leían con rapidez para demostrar quién era el más rápido de la clase en despachar un párrafo. No. La persona, después de todo, de repente tenía miedo del siguiente párrafo, elegía cuidadosamente la voz de los personajes, miraba hacia la puerta del salón de clase como si alguien fuera a disparar un tiro de aire comprimido en cualquier momento. Así era en octavo grado: nadie leía el texto del Perro Sarnoso sin sentir miedo de llegar al final. Nadie admitió eso, lo sé, nadie nunca lo dijo,

pero bastaba estar atento a la voz de quien leía y a los ojos de quien escuchaba.

70 El cielo se llenó de nubes oscuras. Miré hacia afuera esperando un trueno que trajera una lluvia de media hora. Pero nada.

En la tercera parte, incluso la profesora empezó a tragar saliva seca con esa garganta bonita que tenía, los muchachos movieron los pies con un movimiento nervioso, algunas chicas empezaron a tener los ojos húmedos. Olavo advirtió: “¡El que llora es un marica!”, y todos los muchachos asumieron esa responsabilidad de poner una cara como si nada de todo eso se estuviera leyendo.

Un silencio muy extraño invadió el salón cuando el Cabrito se sentó. La camarada profesora no dijo nada. Se quedó mirándome. Respiré hondo.

80 Me levanté y toda la clase estaba también con los ojos puestos en mí. Algunos se habían dado vuelta para verme bien la cara, otros resonaban la nariz como si se estuvieran pescado un resfriado. Aina y Rafaela que eran muy blanquitas, tenían las mejillas rojas y los ojos también, Olavo lentamente me amenazó con su dedo apuntando hacia mí. También me tragué un escupitajo seco porque hacía tiempo que había aprendido a leer un párrafo rápidamente antes de leerlo en voz alta: era esa parte del texto donde los chicos ya no sienten pena por el Perro Sarnoso y quieren matarlo en cualquier momento. Pero Gino no quería. Isaura no quería.

90 La camarada profesora se levantó, vino lentamente hacia mí, se quedó quieta. Como si quisiera decirme algo con su cuerpo tan cerca. Además, ella ya lo había dicho, al elegirme para ser el último en cerrar el texto, y yo estaba orgulloso de esa elección, el último solía ser el que leía muy bien. Pero ese día, con ese texto, ella no sabía que, en lugar de estar premiándome, estaba castigándome con esa responsabilidad de hablar del Perro Sarnoso sin llorar.

— Camarada profesora — interrumpí con una dificultad para hablar. —¿No sonó el timbre de la salida?

100 Ella ordenó seguir. Regresé al texto. Un peso me obstaculizaba la voz y ni siquiera podía hacer una pausa para mirar las nubes porque

tenía que prestar atención al texto y a las lágrimas. Sólo entonces sonó el timbre.

Los ojos de Gino. Los ojos de Isaura. La mira del rifle de aire comprimido en los ojos del Perro Sarnoso con sus heridas colgando. Los ojos de Olavo. Los ojos de la camarada profesora en mis ojos. Mis ojos en los ojos de Isaura en los ojos del Perro Sarnoso.

Hubo un silencio como si se hubieran disparado un montón de tiros dentro del aula. Cerré el libro.

Miré las nubes.

110 En octavo grado estaba prohibido llorar delante de otros muchachos.

Traducción: Carlos Alberto Pasero